



MIRADAS, ENCUENTROS Y CRÍTICAS ANTROPOLÓGICAS

Aitzpea Leizaola, Jone Miren Hernández
(Coordinadoras)

BASURA ES UN TÉRMINO EXTRAÑO EN VILORIA (NAVARRA)

ELIXABETE IMAZ, GABRIEL GATTI

Euskal Herriko Unibertsitatea/Universidad del País Vasco

Viloria es un lugar del Valle de Lana, encajonado bajo la sierra de Loquiz, en la merindad de Estella. Como muchos pueblos de la zona se vació a lo largo de los años cincuenta y sesenta, y hoy no cuenta más que con una docena de vecinos que habitan de continuo, a lo que hay que añadir los retornos intermitentes de los que emigraron a las zonas industriales (adaptados a los ritmos estacionales más que a los laborales, pues casi todos aquellos desplazados llamados por la industria son hoy prejubilados de las reconversiones de los ochenta y noventa), más los de algunos de los hijos o nietos de estos últimos, buscando cosas diversas pero viniendo siempre del mismo lugar, la ciudad.

La página web del Valle de Lana presenta paisajes armoniosos. Un cierto costumbrismo rural acompaña casi todas las fotografías, alejándolo, sacándolo del tiempo. Sin embargo, al acercarse, el o la visitante encuentra incrustados en ese paisaje agreste, objetos que, en una primera lectura, resultan disonantes. En mitad de una parcela, una destartada roulotte hace las funciones de gallinero (Imagen 1). El paso a las huertas se encuentra franqueado por jergones de metal que con unas tiras de goma a modo de bisagra sustituyen las antiguas portillas formadas de madera y clavos. Más allá, dvds, que contienen desconocidos e inservibles archivos, y botellas de plástico, transformadas en molinillos de viento, colaboran a modo de espantapájaros visuales y sonoros. Los frigoríficos se convierten en almacén de patatas de la cosecha, las amarillas vallas de obra en parrillas de asar o paredes de jaulas, los bidones de gasoil cortados por la mitad en barbacoas, los cubos de pintura en maceteros, y las bañeras en abrevaderos. Un trozo de hojalata sirve de tapa a la carbonera que está cociéndose o de revestimiento de un refugio de cazadores e incluso una puerta acristalada de una sucursal bancaria de

la que mantiene el logotipo, se reutiliza como puerta trasera de una vivienda privada. En el rincón de una de las huertas, un conjunto de cosas formado por electrodomésticos fuera de funcionamiento y de objetos rotos se apila.

Imagen 1. Roulotte convertida en gallinero. Vitoria, 2008-05-25 (autora Elixabete Imaz).



Aquí nada se tira. Existe, sí, la vieja basura: la *zaborra*, término utilizado para referirse al polvo que se forma en una casa, las hojas que se pierden al transportar madera para leña o una cáscara que se deja caer descuidadamente en el camino. Pero la ceremonia moderna de “ir a tirar la basura”, de “bajar la basura” sigue siendo una intrusa, y los colores de los contenedores que distinguen las clasificaciones de los distintos deshechos parecen no importar a nadie. Aquí en el Valle de Lana, parecería que *no existe la basura moderna*.

Entonces, ¿Qué estatuto tienen estos objetos a los que hacíamos referencia más arriba?

¿Son basura? No: etimológicamente, basura se refiere a la suciedad que se barre en la casa; incluye además las sobras, los desperdicios de la comida, el estiércol, los trapos y papeles viejos, en definitiva los restos de algo que ya no es. Pero la producción en masa de objetos de consumo, la lógica de la renovación constante, la proliferación de objetos destinados a usos y periodos cada vez más limitados reinventa el concepto de basura y lo extiende hasta englobar cada vez más cosas, todas con un denominador común: son leídas como inútiles. La basura entonces está compuesta hoy por los objetos *carentes de valor* en la medida en que no sirven, y en consecuencia han perdido su efímero sentido. No es el caso de esas cosas pues dicen los del lugar “ya lo he de aprovechar para algo”.

¿Son objetos reciclados? Tampoco: estos objetos no comparecen ante nosotros como una basura destinada a renacer, no están abandonados. Es cierto que dormitan mientras esperan su nueva función, mientras aguardan una nueva utilidad que los vuelva a poner en circulación recubiertos de nuevos sentidos, pero, sin embargo, no olvidan los viejos. En efecto, a diferencia del reciclaje donde un objeto inicia una nueva vida y pasa a ser otro objeto (“este impermeable era antes botellas de plástico” reza el eslogan publicitario), aquí se dota de un nuevo sentido al objeto desechado sin desprenderlo del anterior. Ese frigorífico roto que sirve de almacén de patatas, sigue siendo a pesar de todo un frigorífico. Las sucesivas funciones de las que se le dota lo convierten en cierta medida en un acumulador de memoria, pero como el *Orlando* de Virginia Wolf, a cada reencarnación, la identidad anterior permanece.

Ni basura, ni reciclaje ¿se trata, tal vez, de bricolaje? En *El pensamiento salvaje*, del bricoleur, ese personaje que Lévi-Strauss definía en contraste con el ingeniero, decía el autor:

“El bricoleur es capaz de ejecutar un gran número de tareas diversificadas; pero a diferencia del ingeniero no subordina ninguna de ellas a la obtención de materias primas y de instrumentos concebidos y obtenidos a la medida de su proyecto: su universo instrumental está cerrado y la regla de su juego es siempre la de arreglárselas con ‘lo que uno tenga’, es decir, un conjunto, a cada instante finito, de

instrumentos y materiales, heteróclitos además, porque la composición del conjunto no está en relación con el proyecto del momento, ni, por lo demás con ningún proyecto particular, sino que es el resultado contingente de todas las ocasiones que se le han ofrecido de renovar o de enriquecer sus existencias, o de conservarlas con los residuos de construcciones y de destrucciones anteriores. El conjunto de los medios del bricoleur no se puede definir por lo tanto, por un proyecto (...); se define solamente por su instrumentalidad, o dicho de otra manera y para emplear el lenguaje del bricoleur, porque los elementos se recogen o se conservan en razón del principio de que ‘de algo habrán de servir’” (Lévi-Strauss, 1999: 37).

Parece cosa vieja, de épocas sin basura. Puede ser... pero la cuestión es que el Valle de Lana, su basura reciclada, sus objetos redefinidos y reutilizados en contextos para los que no fueron pensados, no son lugares anclados en el tiempo, fuera de todos los vectores que han atravesado la economía y la sociedad de la segunda parte del siglo XX: urbanización, asalarización, industrialización, consumo... Todo lo contrario: éstos que guardan todo son en muchos casos urbanitas, si no sofisticados sí ampliamente acostumbrados a oír hablar de reciclaje y de desarrollo sostenible. La basura es un término extraño en Vitoria. También el reciclaje. Sin embargo, está lleno de ambas. Pues al fin y al cabo, y cómo repiten los lugareños con tono moralizante: “¡Hombre! No lo voy a tirar ¿o qué?”.

BIBLIOGRAFÍA

LÉVI-STRAUSS, Claude (1999) *El pensamiento salvaje*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA (2001) *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* (22ª edición)

www.valledelana.com